

LIBROS Y NOTAS

Estampas Japonesas

El martes 23 de marzo fué inaugurada la exposición de estampas japonesas del notable artista Ichiriusai Hiroshigue, en la Galería del Palacio de Bellas Artes. La colección pertenece al conocido escritor y poeta Don José Juan Tablada, y sólo es una parte del acervo que logró reunir, gracias a su constante devoción por el arte japonés y al de Hiroshigue en particular. Setenta en total son las estampas presentadas por el Departamento de Bellas Artes de la Secretaría de Educación Pública, y todas ellas conservan el mismo valor artístico.

En la conferencia que el Señor Tablada sustentó el día de la inauguración, hizo patentes las excepcionales dotes del artista cuya obra se exhibe, quien nació a fines del siglo XVIII y murió ya muy adelantado el XIX. Perteneció pues, al grupo de los más destacados artistas que trabajaron en la estampería: Harunobu, Hokusai y Utamaro Sharaku. Leyó también el Señor Tablada unas cuantas páginas del libro que publicó sobre Hiroshigue hace unos veinte años.

La maravillosa técnica de los grabados policromos presentados, interesa y atrae en tal forma que hasta es un peligro para el visitante poco avisado, ya que su admiración puede desviarse sólo en ese sentido. Pero reconociendo y descartando esta habilidosa técnica, que constituye desde luego uno de los intereses, contemplemos esos bellos paisajes, esas escenas populares con el espíritu sereno, apto para recibir la emoción estética en toda su pureza, desde nuestro punto de vista occidental.

La pintura del paisaje es en nuestra civilización la expresión más refinada de la sensibilidad artística. Un espíritu vulgar nunca pondrá el suficiente interés en la contemplación de un paisaje pintado, aunque por otro lado sea capaz de admirarse ante una puesta de sol auténtica. Es el culto, el civilizado, el que gusta a solas de la representación fragmentaria de la naturaleza, ya domeñada y hecha expresión. Lo más exquisito del alma japonesa se revela también en la pintura paisajista. Nadie mejor que los artistas japoneses, y especialmente Hiroshigue, ha podido comprender y expresar la impresión que la naturaleza hace en el espíritu del hombre. Es por eso que nos la entregan pei-

nada, ordenada, transfigurada en un mundo ideal que sugiere en rápidas síntesis las posibilidades de un país fantástico, pletórico de sensaciones sorprendentes. ¿Qué otra cosa son los paisajes de Hiroshigue? La forma estilizada, las composiciones a la vez simples dentro de su complicación el color armonioso y la atmósfera que sabe dar a sus estampas del antiguo japon, lo revelan como un gran artista.

¿Quién no quiere adentrarse en esa lengua de tierra poblada de árboles que avanza en el mar y que lleva por nombre "Puente del cielo"? La naturaleza así expresada es para nosotros un gran excitante que podemos gustar dentro de nuestra limitación, pero no entenderla en toda su profundidad.

Es curioso observar en las escenas populares y campestres el realismo y movimiento, que imprime a las figuras humanas, por pequeñas que sean; la minucia de los detalles en las distintas partes de la composición, como en esa especie de mercado en que pueden verse los objetos más diminutos con toda claridad, ¿y la expresiva figura del bailarín o mímico que representa al aire libre frente a un grupo de personas?, aquí el realismo está captado en unas cuantas líneas, con la misma simplicidad con que está pintado el lago que le sirve de fondo a la escena, aparentemente hecho de una sola pincelada, y ¿qué decir de la expresión de los demás personajes, tan vivamente emotiva?; todo cobra vida gracias al soplo divino que le da el artista.

En otra estampa danzarines guerreros bailan frente a un noble, vestido con un amplio kimono negro. El movimiento de las figuras está lleno de dinamismo, casi podemos escuchar el ritmo de la música a cuyo compás bailan.

Dos estampas se distinguen por su composición y técnica. Una de ellas representa a una dama que vistosamente ataviada espera al caballero que se ve en segundo término. La otra se compone de unos pescados y unos cangrejos, preciosamente dibujados y coloridos.

Es verdaderamente increíble la habilidad para gravar que muestra Horishigue en su obra; la finura de los trazos no es obstáculo para conservar todo su vigor y dinamismo; las complicaciones en el dibujo y la inteligente aplicación del color producen efectos inusitados, fraguados en el ojo del observador con los elementos que sintéticamente proporciona el artista. Puede decirse que es un caso de magia.

Debemos felicitar a los que tuvieron la feliz idea de organizar esta exposición, excepcional por todos conceptos, que nos acerca al alma del japon antiguo por medio de ese grande y exquisito artista. Ichiriusai Hiroshigue.

J. F.

Exposición Van der Loo.

La Galería "Hipocampo" expuso recientemente once aguafuertes del belga Marten Van der Loo. En esa escasa obra se revela el dominio del aguafortista flamenco.

Fuentes, canales, ríos, aguas muertas, constituyen el tema predominante de los trabajos expuestos. Hay en todos ellos un delicado equilibrio de los colores, desde la precisa claridad del "Muelle de los Trovadores"—el más iluminado de los cuadros—hasta la ordenada obscuridad del "Puente Alto de Malinas". El orden y la precisión en el colorido son seguramente los recursos del paisajista para dar a sus obras una encantadora tranquilidad, reflejo de las viejas ciudades medievales donde pinta.

Pero no es sólo la evocación de muelles o canales flamencos lo que reside en las aguafuertes de Van der Loo; hay en ellas, sobre todo, una gran cantidad de tiempo, muerto: sobre las aguas, entre los muros, bajo los arcos. Así como, por ejemplo en "El Anochecer de Furnes", ese grupo de personas de primer término lleva sobre los

hombros todo el peso de la ceniza de los siglos, de ceniza que también ennegrece los puentes, y todos los tejados de Van der Loo. Todo ese sedimento de ensueños, de ideas y de pasiones que va dejando la historia sobre las viejas ciudades y que siempre se respira en ellas, habita en todos los cuadros de la exposición. Toda la elaboración, la lentitud del artista en "Audenaerde", en "El Río Escalda", tienen por objeto simplemente apresar el alma vieja de la ciudad que en los otros trabajos logra con el orden y la exactitud del colorido, con el agradable equilibrio de todos los matices. Tal vez porque no consigue ese efecto en uno de los trabajos expuestos, en el de "Casas Viejas de Beguinage", parece éste el menos apreciable de todos y no obtiene resultados precisamente porque falta ahí el orden, el equilibrio del colorido.

J. A.

Por el carácter colonial de Cuernavaca

Los diarios de gran circulación de fecha 7 de abril del presente año dedican sus editoriales a comentar la visita que el Jefe del Departamento de Turismo, el Jefe de la Oficina de Monumentos Coloniales y el Director del Banco de México, hicieron al Gobernador del Estado de Morelos para tratar acerca de la inconveniencia de permitir que los particulares continúen construyendo casas de un tipo que desdice con el estilo colonial característico de la ciudad de Cuernavaca. Hacen hincapié los editorialistas sobre la verdad indiscutible de que los turistas buscan en México, como en todas partes del mundo, algo diferente de lo que tienen en su país y que, mientras más difiere, más les atrae. Esto se ha dicho hasta la saciedad en libros y periódicos; lo han dicho, sobre todo, los escritores extranjeros, pero nuestros hombres de empresa (hoteleros, fondistas, etc.) no quieren entenderlo, y las autoridades federales y locales han tenido la desidia o la falta de energía de no imponer su autoridad en materia tan importante, no sólo para la conservación de nuestro ambiente tradicional, sino también para el fomento de la importante fuente de la economía nacional que es el turismo.

Queremos aquí referirnos con particularidad, ya no a la desnaturalización de la ciudad de Cuernavaca, debida a las construcciones de los particulares, sino a la de los monumentos nacionales y edificios públicos de la misma ciudad, que incumbe a los funcionarios públicos.

Cinco son en Cuernavaca los monumentos de gran interés histórico-artístico: la pirámide de Teopanzolco, el chapitel, el convento franciscano de la Anunciación, el Palacio del Conquistador y el jardín de Borda, y de estos solo el primero ha escapado de la incuria o la barbarie, gracias al celo persistente con que la Dirección de Monumentos Prehispánicos, a pesar de su exiguo presupuesto, conserva, restaura y defiende las reliquias a su cargo.

El chapitel fué objeto hace pocos años de un atentado que destruyó una antiquísima escultura de la Virgen de Guadalupe, sin que hasta la fecha haya sido substituída por una copia, ya que no por el original mutilado.

Los retablos antiguos y el reloj famoso del convento (hoy Catedral) desaparecieron hace muchos años, pero se conserva una joya inapreciable: la capilla abierta. Dentro de ésta se han construído tres pequeñas piezas que sirven de bautisterio, recibidor y habitación a los sacerdotes. Con un costo insignificante, ya que bastaría con derribar pequeños muros y techos, la capilla abierta recobraría su aspecto primitivo y sería un gran atractivo para los visitantes cultos, ya que representa un tipo de construcción monumental casi exclusivo de la Nueva España, que sólo estuvo en uso en el siglo XVI por obedecer a una función que en el XVII había desaparecido. Todos los esfuerzos

que se han hecho cerca de las autoridades civiles y eclesiásticas para que se descubra la venerable arquería, han tropezado con la incomprensión o la negligencia de quienes debieran ser los guardianes de nuestro tesoro monumental.

El palacio de Cortés, semi destruido a mediados del siglo XIX, pasó a ser residencia de los poderes locales que lo han modificado repetidas veces sin el menor respeto a su forma primitiva. Hay estampas antiguas que permitirían devolverle su aspecto original.

El jardín de Borda, joya única e inapreciable del siglo XVIII se halla en un lamentabilísimo estado de abandono, y no puede ser de otro modo, mientras pertenezca a un particular. Su cuidado requiere no menos de veinte jardineros y no es posible que un hotel de tan poca capacidad produzca lo necesario para ello, ni podemos tampoco pedirle a quien lo explota que gaste en el jardín sus utilidades. Si la Federación o el Estado de Morelos no pueden o no quieren adquirir la propiedad, deben al menos destinar los fondos necesarios a la conservación y cultivo del parque principesco que ha representado papel tan importante en la historia fastuosa del siglo XVIII y su literatura todavía gongorina.

R. G. G.

Sobre las escuelas de pintura al aire libre

En la "Revista de las Indias" (Vol. I, Nº 4) que publica el Ministerio de Educación Nacional de Colombia, encontramos, en el número correspondiente a los meses de Octubre-Diciembre de 1936, el informe que rinde el Señor I. Gómez Jaramillo al Gobierno de su país, relativo a las escuelas de pintura al aire libre en México.

El señor Gómez Jaramillo, que ha vivido entre nosotros, como pensionado del Gobierno de Colombia, hace en el mencionado informe, un análisis de las circunstancias que llevaron al fracaso la aventura encabezada por el conocido pintor Alfredo Ramos Martínez, y juzga con imparcialidad las ventajas e inconvenientes de la experiencia hecha, para que su país no caiga en el mismo error. Inteligente y justo es el informe en cuestión, transcribe en el Gómez Jaramillo, párrafos de la crítica que hizo Eugenio D'Ors acerca de la producción de las escuelas al aire libre, y se identifica con el criterio expuesto por este escritor: "... el estado de gracia que produce, en el dibujo y en la pintura de los ingenuos, ciertas maravillas, es un estado *transitorio*...", dice D'Ors, y agrega: "Rara es la (obra) del niño de siete o nueve años en que el hombre de gusto o el curioso no encuentran algo que admirar. Pero más raro todavía la del mozo de diez y siete que conserva algún interés... invéntase la manera de pintar a coro, como cantan a coro, aquellos que no tendrían derecho a salir solos a perfilar una romanza".

Por su parte, el informante dice que "Ramos Martínez, el apóstol de estas escuelas cae en el extremo romántico de creer que de allí surgirían artistas por centenares, que con esa profesión se abrirían campo en la vida. Pero la realidad demostró lo contrario". Y así sucede en efecto, pues ¿quiénes son ahora los valores surgidos de las escuelas de pintura al aire libre? ¿Cuál es el saldo de la aventura? Un éxito fugaz en el extranjero, un sin fin de cuadros amontonados en las bodegas, y el recuerdo de un experimento interesante que puso de manifiesto la "fuerza de expresión (del mestizo) en las artes plásticas y una cierta originalidad que era el resultado de su misma ingenuidad", para usar las mismas palabras del Señor Gómez Jaramillo.

Tiene interés para México saber cómo se comentan en el extranjero sus actividades artísticas, para que a su vez aproveche las ventajas de una crítica justa, de la que a menudo carecemos por las circunstancias que ofrece el propio ambiente. Sólo una re-

visión constante de las ideas y su valoración precisa permiten el adelanto; no nos dejemos, pues, arrastrar por la falacia de la adulación, sin escuchar la voz que señala nuestros errores.

J. F.

Dos libros sobre teoría del arte

Entre la escasa producción bibliográfica llegada de España a últimas fechas, se cuentan dos libros interesantes: la *Introducción a la teoría del arte*, por F. Pérez Dolz (Editorial Apolo, Barcelona, 1936, 10 ptas.) y los *Estudios sobre teoría de las artes* por José Jordán de Urries y Azara (Bosch-Casa Editorial, Barcelona, 1936, 8 ptas.). Ambos autores son catedráticos, el primero de la Escuela de Artes y Oficios Artísticos y Bellas Artes de Barcelona, y el otro en la Universidad de Madrid.

El libro de Pérez Dolz es útil, pues compendia y pone a nuestro alcance cuanto se ha dicho acerca de la Estética y de la Técnica de las Artes, y hace un resumen de los ciclos históricos del Arte. A nosotros nos da la satisfacción de ver reproducidos objetos arqueológicos y la catedral de México junto con las obras maestras del arte europeo. En cambio, al hablar de los monumentos más importantes del arte colonial dice: "La catedral mexicana es el (templo) más digno de mención entre otros muchos. La de Puebla, en Guatemala, síguete en importancia"!

Los *Estudios sobre teoría de las Artes* están escritos en un tono de más elevado estilo. El autor conoce al dedillo a los escritores alemanes y saca de ellos cuanto le conviene. En el primer estudio, un ensayo sobre *La División del Arte*, llega a una clasificación complicadísima, pero nos ha enseñado antes las diversas clasificaciones propuestas. El segundo ensayo, *Concepto de la Arquitectura*, acaso el más valioso, fija claramente el valor y el papel de la Arquitectura como arte bella. El tercer ensayo se refiere a *La Música* y el cuarto a la *Ejecución artística*. Por su discusión acerca de temas tan atrayentes, el libro debe ser leído con todo cuidado.

M. T.